

¿Lloramos por ti, Argentina?

Más allá de los tópicos y los lugares comunes que circulan sobre la Argentina, existe una realidad profunda mucho más rica y compleja, y a veces sorprendente y contradictoria. En el artículo se analiza el país fuera de los ditirambos y estadísticas oficiales, pero siempre con la firme esperanza de que es posible una nación distinta. Porque a veces la esperanza es lo único que queda para poder transformar las cosas.

Anselmo Bernabé*

Cuando las apariencias sí engañan

LO primero que uno aprende al llegar a la Argentina es que nada es lo que parece ser, lo externo nada dice de lo interno y toda apariencia es mera fachada teatral.

En Argentina lo «*trucho*» adquiere carta de naturaleza y forma parte del paisaje cotidiano. Si lo falso es aquello opuesto y contrario a lo verdadero, lo

* Ex alto directivo de una multinacional en Argentina y otros países de Hispanoamérica.

trucho es sólo un remedo, es aquello que tiene una tenue apariencia de auténtico, pero no la suficiente como para dudar del engaño. La diferencia es sutil pero perceptible: lo falso pretende imitar a la realidad, lo trucho, tan sólo suplantarla.

Mientras lo falso basa su «utilitas» (en su similitud con el modelo original, en su intento por copiar la apariencia (que no la naturaleza) de lo auténtico hasta el mínimo detalle, por el contrario, lo trucho es útil por sí mismo, por su funcionalidad propia, y sus intentos por parecerse al original son meras evocaciones estéticas o referentes cuasi poéticos.

En Argentina abunda lo trucho. A veces podría pensarse que la nación entera lo es, como si se tratara de una nueva Ínsula de Barataria, o de un vano intento de «ser» en la realidad el país que sólo existe en la imaginación de los propios argentinos y en la imagen superficial que se transmite al resto del mundo.

El túnel del tiempo

CUANDO uno visita en Argentina cualquier oficina de un banco, una empresa o un abogado, se tiene la sensación de haber retrocedido cuarenta años por el túnel del tiempo: edificios antiguos y descuidados con ascensores de poleas; un mobiliario vetusto y una decoración «demodé»; grandes superficies abarrotadas de burócratas oficinistas con sus máquinas de escribir; muy pocos ordenadores, y casi todos modelos anticuados de cuando no existía Bill Gates, etc.

Todos estos detalles externos, más allá de lo anecdótico, lo que denotan es una estructura empresarial obsoleta y ajena a las necesidades y exigencias actuales.

Según datos del Banco Central de Argentina, la inversión actual en I+D está, en dólares constantes, en los mismos niveles que en los años setenta. El sector industrial ha ido perdiendo peso paulatinamente en el PIB nacional, pasando del 41 por 100 en 1980 al 33 por 100 en 1997, mientras los otros sectores con pocas necesidades de inversión tecnológica e innovación técnica lo han ido ganando: los servicios pasaron del 52 por 100 del total de PIB en 1980 al 61 por 100 en 1997, y la agricultura, del 6 por 100 en 1980 al 7 por 100 en 1997.

El Banco Mundial en su Informe sobre el Desarrollo de 1998 estimaba que el porcentaje de la Inversión Interna Bruta sobre el PIB había bajado del

25 por 100 en 1980, hasta el 20 por 100 en el año 1997. En las mismas fechas la Tasa de Ahorro Interno Bruto caía del 24 por 100 hasta el 18 por 100.

Las empresas argentinas no invierten, no se renuevan, no confían en el futuro, ni piensan en el desarrollo. Sólo les preocupa el presente y a ello dedican todos sus esfuerzos. La mentalidad no es de apuesta y riesgo, sino de resistencia y conservación. La práctica totalidad de los empresarios y propietarios tienen cuentas en Estados Unidos y Uruguay (algo así como la Suiza latinoamericana).

Existe en toda la sociedad una desconfianza y una inseguridad extrema, un miedo paralizante a los cambios, y una aversión máxima al riesgo.

Tal vez sea más fácil arriesgar desde una perspectiva europea, con mejores condiciones sociales, otra experiencia histórica y mayores coberturas. La *hiperinflación* de los años ochenta sigue pesando en todas las decisiones empresariales, y también de las economías domésticas.

Aún forman parte de la memoria colectiva aquellos primeros meses de 1990 con una inflación del 15.000 por 100, donde la gente cobraba diariamente su sueldo para poder gastarlo en el momento; donde los comercios entregaban justificantes con la hora de entrada como referencia para establecer el precio de venta; donde los ahorros personales acumulados durante muchos años para adquirir un coche o una vivienda, apenas llegaban ya para un televisor o una radio; donde empezó a producirse escasez de alimentos y productos básicos, etc.

Todo esto ocurrió hace diez años, casi ayer. Todavía hoy la mayoría de los argentinos se estremecen con sólo mencionar la palabra «inflación», y son incapaces de recordar serenamente aquellos años de angustia y degradación social y económica.

La situación mejoró un poco, sobre todo a raíz de las medidas estabilizadoras del ministro de Economía *Domingo Cavallo* y su *Ley de Convertibilidad* de 1991, pero el país ya nunca volvió a ser el mismo.

En efecto, si las medidas estabilizadoras de Cavallo (un ultraliberal convencido, retoño de Milton Friedman y su Escuela de Chicago), y en especial el establecimiento del «*currency board*» o paridad fija unitaria entre el peso y el dólar, tuvieron unos efectos terapéuticos innegables en aquellos críticos momentos, también es cierto que aquella decisión fue de carácter político aunque tuviera efectos económicos. Las autoridades políticas decidieron en aquel momento que los costes de su irresponsabilidad monetaria superaban a los beneficios de la independencia económica.

La hiperinflación se controló, pero aparte de otros efectos colaterales, la

sociedad vive paralizada desde entonces pensando que si ocurrió una vez puede volver a pasar.

Durante la última campaña electoral algunos candidatos aludieron a la posibilidad de acabar con esta dolarización de la economía y un sudor frío corrió por la frente de la mayoría de los ciudadanos.

Cualquier tiempo pasado fue mejor

ESTÁ muy reciente el recuerdo del esplendor pretérito y ya perdido. La clase media venida a menos, que ahora apenas lucha por sobrevivir, añora con nostalgia la bonanza pasada, y esto les impide vivir con plenitud el presente y con esperanza el futuro. Psicológicamente (y en Argentina la psicología es siempre algo central), el país está impedido para pergeñar un proyecto de desarrollo propio, un plan de esfuerzo colectivo que ilusione a toda la nación.

Todos añoran aquellos esplendorosos años cincuenta y sesenta cuando Argentina era la décima potencia económica mundial, cuando el país entero era una gigantesca oportunidad capaz de suministrar bienestar a toda la población y servir además de reclamo a aventureros foráneos en busca de fortuna.

Eran líderes mundiales en producción y exportación agrícola y ganadera; a la cabeza en muchos procesos industriales y en el desarrollo de una importante industria manufacturera; pioneros en una educación general de altísimo nivel, con reconocidos especialistas en muchas ramas del saber, etc.

Todo aquello pasó y hoy la realidad es muy distinta. Sin embargo, siguen existiendo minorías privilegiadas y grupos de presión que se resisten a perder su estatus y prerrogativas.

Tal vez el caso más significativo sea el de los *militares*. Dueños absolutos del país durante la dictadura, no sólo controlaban el poder político, sino también el económico y financiero. Después de casi quince años de democracia siguen siendo un poder fáctico y un salvoconducto imprescindible para hacer negocios y establecer nuevas empresas en Argentina. No hay empresas importantes que no tengan entre su pléyade de asesores o directivos a algún militar de alta graduación que pueda abrir puertas o establecer relaciones con cualquier estamento del país. Los exclusivos y elitistas clubes militares, como el de la calle Córdoba en Buenos Aires, son a menudo lugares de encuentro para realizar importantes operaciones empresariales o negociar acuerdos.

Otros privilegiados son los *sindicatos*. Pieza básica en el entramado de poderes e intereses paraestatales durante el peronismo, siguen con los mismos métodos de entonces. La mayoría de sus principales dirigentes son profesionales del sindicalismo, propietarios de inmensas fortunas, e incluso dueños de importantes empresas. En Argentina no existe libertad sindical: por imposición legal todos los empleados deben afiliarse al sindicato sectorial y pagar las cuotas que son retenidas por las empresas. Cada sindicato controla además su propia mutualidad, que presta servicios sanitarios y asistenciales y gestiona parte de las aportaciones al régimen de pensiones.

Aparte de su importante influencia política para promover leyes y conseguir favores del poder administrativo (la mayoría son afines al justicialismo), constituyen un poder omnímodo sobre las empresas. Algunos sindicatos, como los de mecánicos o metalúrgicos, son temidos por su virulencia e intransigencia. Sin embargo, en raras ocasiones se llega a situaciones extremas ya que «*todo es negociable*» entre las empresas y los dirigentes sindicales. Esto explica el alto nivel de vida de la mayoría de ellos.

«Es la economía, estúpidos»

REMOMORANDO la célebre frase de Clinton, analizaremos algunos de los aspectos económicos más significativos del país.

Según datos del Banco Mundial, las reservas totales de divisas se han incrementado paulatinamente: 6.719 millones de dólares en 1980, 22.390 millones en el año 1997, hasta llegar a los 40.600 millones en 1999 (1).

El crecimiento del PIB ha sido espectacular, pasando de 76.926 millones de dólares en el año 1980 hasta los 325.012 millones en el año 1997. El control de la inflación es ya una asignatura superada, apenas el 0,1 por 100 en 1999, frente al 15.000 por 100 de 1990.

Las exportaciones pasaron de 9.897 millones de dólares en 1980 a 28.494 millones en 1997. En iguales fechas las importaciones pasaron de 13.182 millones a 34.758.

A pesar de las espectaculares cifras macroeconómicas, la realidad diaria es bien distinta. El empobrecimiento y la disminución del nivel de vida real de la mayoría de la población es progresivo y manifiesto.

(1) La Ley de Convertibilidad de marzo de 1991 establecía que las reservas de oro y divisas debían ser al menos el 100 por 100 de su base monetaria.

En la actualidad, la mayoría de las inversiones que se producen en la Argentina proceden de empresas extranjeras. En los últimos cinco años el capital foráneo que entra en el país ha pasado de 5.000 a 20.000 millones de dólares anuales. El 85 por 100 de las empresas (incluidas las privatizadas) que cambiaron de propietarios en los años noventa fueron a parar a manos extranjeras.

En muchos casos si el capital extranjero invierte y compra sociedades argentinas es porque nadie del país lo hace. Se puede discutir si las compañías foráneas son más temerarias o más capaces de arriesgar que las argentinas, a pesar del plus «riesgo país» y los costes de nuevo establecimiento, desconocimiento de normativa y mercados, etc., pero lo cierto es que confían más en las posibilidades y en el desarrollo del país que los empresarios nacionales, que prefieren refugiarse en inversiones más seguras en Uruguay o Estados Unidos.

Aun constatando la realidad de la globalización e interrelación económica y financiera a escala mundial, y sin reivindicar primitivos ni irracionales sentimientos nacionalistas, este tipo de economía especulativa implica gravísimos riesgos.

En igualdad de condiciones, y como principio básico, siempre es preferible que invierta el capital nacional antes que el extranjero por obvias razones de arraigo y permanencia en el país de los beneficios. Si el capital es argentino, los beneficios revertirán en el propio país y permanecerán en forma de más inversión o de gasto; además, todas las decisiones estratégicas y planes de expansión se harán desde Argentina.

Por contra, el capital extranjero tarde o temprano volverá hacia la matriz en forma de dividendos o plusvalías. En caso de crisis, siempre tendrá menos dificultades y problemas para desinvertir y abandonar el país. La empresa argentina será siempre una pieza accesoría, supeditada al entramado de intereses y necesidades internacionales del grupo.

Argentina es uno de los países del mundo donde menos dificultades y trabas existen para la *libre circulación de capitales* (tanto de entrada como de salida). Los controles administrativos y económicos son inexistentes. Este hecho, que favorece las inversiones extranjeras y el crecimiento económico en un determinado momento, puede convertirse en una auténtica catástrofe en caso de crisis financiera generalizada o en caso de una escalada inflacionaria como la de los años ochenta. Con la misma facilidad que entraron los capitales pueden huir despavoridos en un ataque de histeria colectiva (2).

(2) Como ocurrió en el año 1995 como consecuencia del denominado «efecto tequila».

Esta facilidad para el trasiego de capitales hace en estos momentos de Argentina un auténtico paraíso para el blanqueo de dinero, donde los grandes clanes mafiosos y las bandas internacionales tienen establecidas sociedades pantalla y auténticos emporios financieros cuyo único fin es aflorar dinero negro y hacer legales unos ingresos que en origen no lo son.

Esta apuesta de los gobiernos de Ménem (y parece que también el de De la Rúa) por una economía puramente especulativa, y dependiente de los mercados de capitales y de los vaivenes financieros mundiales, dificulta el futuro desarrollo económico de Argentina a medio y largo plazo.

Así, no es posible un desarrollo industrial propio ni ninguna competitividad tecnológica. Es patente la deficiente calidad de todos los productos argentinos, incluso la de los más simples. Este hecho, junto a sus altos costes debidos a los anticuados procesos productivos y a la obsolescencia de sus estructuras organizativas, provoca una auténtica avalancha de importaciones (mucho mejores y más baratos) desde Chile y Brasil, facilitada por los acuerdos del Mercosur. Poco a poco va desapareciendo el poco tejido industrial y manufacturero que quedaba en el país, tal como ha ocurrido con el sector automovilístico (donde tan sólo resiste el enclave de Córdoba), trasladando su producción a Brasil (3). Todo ello implica aumento del desempleo, incremento del desequilibrio de la balanza comercial, y degradación general de las condiciones sociales.

Las trabas del sistema

EXISTEN elementos que dificultan seriamente el desarrollo del Sistema Financiero y Económico.

Así, la Cámara de Compensación Bancaria no está totalmente automatizada y la mayoría de sus procesos se realizan todavía manualmente, ralentizando las transacciones económicas y dificultando el desarrollo comercial.

Siguen existiendo multitud de entidades financieras dependientes del poder político, ineficientes y con un funcionamiento burocrático, que sobreviven gracias a un negocio cautivo y a sus servidumbres políticas.

Persisten los dañinos coeficientes de caja y una axfisiante normativa bancaria que no favorecen el desarrollo de un sistema bancario ágil y eficaz.

(3) La situación es tan grave que recientemente se reunieron los presidentes de Argentina y Brasil para negociar un régimen arancelario bilateral y otras medidas que eviten el traslado de empresas desde Argentina a Brasil.

Trabajar con los bancos argentinos, además de muy caro por las altísimas comisiones y los desorbitados gastos de intermediación, es una absurda y continua carrera de obstáculos (4).

Es más fácil hacer planes de negocio con préstamos y créditos al 6 ó 7 por 100, que se pueden obtener en Europa o Estados Unidos, frente al 14 ó 15 por 100 de los bancos argentinos. Obviamente el acceso a esta financiación más barata está vedada a las empresas autóctonas y sólo es posible para las empresas extranjeras.

Por último, es patente la inseguridad jurídica en el ámbito mercantil. Además de una exagerada profusión legislativa y un excesivo reglamentismo, existe una gran dispersión y complejidad normativa debido al carácter federal del país y a las amplias facultades normativas de las municipalidades.

El ERREPAR (5) se convierte en una herramienta imprescindible, aunque nunca es posible la actualización completa ya que, además de la diarrea legislativa, los plazos de la «vacatio legis» varían según los casos. En ocasiones se producen varias reformas de la norma antes de su entrada en vigor efectiva.

Corrupción en Buenos Aires

ARGENTINA aparece en el puesto once del «*ranking*» mundial de corrupción de 1998 elaborado por el Instituto Internacional contra la Corrupción. Sólo países subdesarrollados como Colombia, Venezuela, Camerún, Nigeria la superan en esta clasificación (6).

Ignoramos las fuentes y los criterios de elaboración, pero podemos asegurar por propia experiencia que el grado de corrupción es muy elevado y supone en la actualidad una auténtica rémora y un factor de parálisis para el desarrollo presente y futuro del país.

Cualquier proyecto o iniciativa empresarial incluye siempre entre sus costes una línea titulada «Gastos sin justificar» o «Gastos sin documentar».

(4) Apenas un 31 por 100 de los argentinos tiene cuenta bancaria. Por ello, los bancos españoles, y también europeos y norteamericanos, han llegado en tromba debido al altísimo potencial de crecimiento.

(5) Compendio de legislación fiscal, contable y mercantil actualizable diariamente mediante la entrega física de la documentación.

(6) Según el «Índice de percepción de corrupción» de 1998 de Transparency International, fundación con sede en Berlín dedicada a combatir la corrupción, ocuparía el puesto doce. Diversos informes de la OCDE, el FMI o el Banco Mundial la sitúan siempre dentro de los diez primeros puestos.

Esto que es ya hábito corriente en cualquier país hispanoamericano o africano, adquiere tintes grotescos y extremadamente peligrosos en Argentina. Cualquier empresa, independientemente de su tamaño o del sector al que pertenezca, sabe de antemano que debe incrementar sus presupuestos entre un 5 por 100 y un 10 por 100 del total de gastos, bajo los eufemísticos títulos de gastos de gestión, consultorías varias, desarrollos informáticos, asesoramientos diversos, relaciones públicas, gastos institucionales, etc., que en realidad sirven de pantalla y encubren pagos a políticos, funcionarios e intermediarios varios.

El sistema está tan generalizado que incluso existen empresas especializadas en la compra-venta de facturas falsas de cualquier producto o servicio que se solicite. Con este subterfugio queda cubierto formalmente el riesgo de no deducibilidad fiscal de estos pagos «anómalos». Sin embargo, cualquier análisis económico riguroso detectaría el excesivo gasto en determinadas materias primas o productos, o se daría cuenta del elevado coste de algunos servicios.

Lo último en ocultación de «impuestos extraoficiales» consiste en crear en el extranjero (fundamentalmente Uruguay, Brasil y Paraguay) sociedades filiales de las empresas argentinas. Estas filiales, constituidas con un generoso Capital Social (que puede incrementarse posteriormente), proporcionan una justificación documental para la salida de capital. Una vez el dinero en el extranjero, o bien retorna a Argentina o bien desde allí se envía al lugar que nuestro «benefactor» nos indique. El sistema se completará con la futura «Dotación por depreciación de valores» en la empresa matriz.

En Argentina nadie escapa a la «coima». La coima es tan consustancial al mundo de la empresa y de los negocios en este país como puede serlo el Código de Comercio, las leyes mercantiles o las normas de contabilidad.

Quizás uno de los casos más paradigmáticos de corrupción de los últimos años fue el de IBM y el *Banco Nación*, donde estaban implicadas algunas autoridades financieras y miembros del Gobierno. Que una empresa de esta importancia y con un código deontológico tan riguroso hiciera pagos de varios miles de millones de pesetas para conseguir este importante contrato da idea del nivel al que llega el sistema.

La generalizada implicación del Estado en todas sus ramificaciones: Gobierno, Provincias, Ayuntamientos, Legisladores, Jueces, Inspectores, Aduanas, Policía, Sindicatos, Partidos, y toda clase de funcionarios en general, hacen muy difícil la recuperación y regeneración del país.

Quien no pide coimas o no extorsiona es porque no puede. Cada uno a su nivel y en la medida de sus posibilidades saca provecho de su posición de

poder. Y todos tienen un poder de presión real: El Ayuntamiento concediendo o revocando discrecionalmente licencias de apertura de oficinas o industrias; los sindicatos organizando huelgas; el legislativo promoviendo nuevas leyes; las aduanas paralizando la entrada de materias primas o maquinarias que llegan del exterior, etc.

El sistema está perfectamente definido. Todos saben cuál es su ámbito, hasta dónde pueden llegar y cuánto pueden pedir. Nadie se inmiscuye en el terreno de los otros.

Fotos, mentiras y cintas de vídeo

EN Argentina no existe la distinción entre derecha e izquierda. Los partidos son formaciones sin una ideología definida, intercambiables entre sí en muchos aspectos, que indistintamente abogan por soluciones liberales o socialdemócratas, dependiendo del dirigente o de la coyuntura.

Los *Justicialistas* son los herederos de la tradición peronista, con una concepción paternalista del Estado. Su populismo e intervencionismo económico los acercaría a la socialdemocracia europea. Sin embargo, sus políticas privatizadoras y de liberalización total del mercado de capitales dejarían atrás a muchos teóricos liberales.

Los *Radicales* tienen un concepto de libertades públicas e individuales cercano a los democristianos y liberales europeos, aunque están ligados a la Internacional Socialista.

Fuera de la retórica, se trata de partidos vacíos de ideología cuyo único objetivo es conseguir el poder, no importa con qué programa ni a qué precio. Ambos son partícipes y beneficiarios del «statu quo», del entramado de corrupción institucional imperante. Ninguno de ellos puede alardear de limpieza y honestidad ante el otro ni achacarse mutuamente corruptelas y extorsiones. En sus respectivos ámbitos de poder el comportamiento de los dos partidos es similar. Ambos tienen mucho que callar y más que perder.

Todos son cómplices del sistema y participan de sus beneficios y prebendas. Todos saben lo que hay. Nadie dice nada. Siempre habrá informes comprometedores, fotos secretas, vídeos o grabaciones comprometedoras, etc. Mejor mirar hacia otra parte, preferible callar y sobrevivir.

Es público y notorio que el anterior presidente *Carlos Saúl Menem* forma parte de uno de los mayores clanes mundiales del narcotráfico. Su familia, de

origen sirio, se instaló en La Rioja, una de las provincias más pobres de Argentina, con una orografía infame y unas nulas infraestructuras y vías de comunicación. De la nada consiguieron una fabulosa riqueza cuyo pretendido origen eran sus explotaciones agrícolas. Lo demás es historia: Carlos Ménem se casó con Zulema, perteneciente a otro famoso clan de origen sirio-musulmán, los Yoma; se convirtió a la religión católica para poder acceder a cargos políticos; y sin una especial inteligencia, dotes oratorias ni ninguna habilidad especial, llegó a gobernador de La Rioja y después a presidente de Argentina.

Todo su mandato se ha caracterizado por un desprecio absoluto a las instituciones del país, una manipulación interesada de cuantos medios y personas se interpusieron en su camino, y un aprovechamiento a título personal de todos los recursos del Estado.

El caso más llamativo y sugerente fue la construcción en el año 1996 de un espectacular aeropuerto en *Anillaco*, su villa de origen con apenas 3.000 habitantes, con cargo a los presupuestos del Estado. Los perspicaces pensaron que se trataba de facilitar la labor de los traficantes de armas y estupefacientes. Ménem dijo que era un regalo de las Fuerzas Armadas; algunos acólitos de su Gobierno contestaban que era normal y lógico que un presidente tuviera un aeropuerto particular.

Este escándalo mayúsculo duró sólo un tiempo hasta que surgió otro mucho más grave.

En efecto, en enero de 1997 asesinaron al periodista *José Luis Cabezas* mediante un tiro en la boca. Su cuerpo apareció calcinado junto a su cámara de fotos sin película. Hacía poco Cabezas había publicado en el semanario *Noticias* unas fotos inéditas y exclusivas del desconocido y misterioso empresario *Alfredo Yabrán*, propietario de un gigantesco *holding* de empresas presente en todos los sectores: empresas de correo, minas, explotaciones ganaderas y agrícolas, hoteles, restaurantes..., y multitud de concesiones estatales de todo tipo de servicios. Hasta estas fotos, la imagen de Yabrán nunca había aparecido en ningún medio de comunicación, porque como él mismo manifestaba: «*Una foto mía es como un tiro en la cabeza*». José Luis Cabezas hizo la foto y el tiro se lo llevó él.

Después de un largo proceso, con una gran presión política e internacional (la Casa Blanca llegó a intervenir y el FBI colaboró en la investigación), un intenso seguimiento de la prensa, rocambolescas coincidencias y desapariciones de testigos e imputados, etc., las pruebas eran cada vez más abundantes y concluyentes: En el asesinato de Cabezas estaban implicadas personas muy cercanas a Yabrán y prominentes miembros de la policía. El cerco judicial iba estrechándose cada vez más.

Durante la investigación se descubrieron multitud de misteriosas llamadas de Yabrán a la Casa Rosada, residencia del presidente Ménem, y a varios ministros. Al final, al más puro estilo mafioso, Yabrán acabó suicidándose de un único tiro en la boca. No dejó herederos. No se le conocía familia ni orígenes. Sus colaboradores se hicieron cargo del negocio. Nadie sabrá nunca la verdad sobre lo sucedido, ni la magnitud del imperio económico surgido de la nada y cuyos dueños auténticos permanecen anónimos.

El futuro político

LAS pasadas elecciones de octubre fueron el triste reflejo de un país lleno de posibilidades, colmado de recursos y expectativas por cumplir, y habitado por una ciudadanía adormilada, sin esperanzas ni confianzas en las propias posibilidades.

No era fácil la alternativa entre lo nefasto y lo deplorable.

El elegido, *Fernando de la Rúa*, era jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires (en realidad Alcalde, a pesar del nombre). Desde allí se controlaba un sistema de «coimas» según el cual todas las empresas extranjeras debían aportar a las arcas de su plataforma institucional (al margen incluso del partido) entre 100.000 y 900.000 dólares anuales. El negarse a realizar estas «contribuciones voluntarias» podía suponer la negación del permiso de apertura de locales u oficinas, ralentización repetina de procesos o autorizaciones, dificultades en ciertas contrataciones, etc.

El candidato, *Eduardo Duhalde*, era gobernador de la Provincia de Buenos Aires, y presentaba un currículum más espectacular en cuanto a extorsiones y manipulaciones a empresarios e instituciones. Todo su poder se basaba en un sistema clientelar perfectamente estructurado. Alcaldes, delegados y comisarios políticos repartidos por toda la Provincia, formaban una tupida red de información cuyo único objetivo era controlar y sacar tajada económica de todo aquello que se moviera. Los precios eran sensiblemente superiores a los de su oponente, ya que debía retribuir a más gente por sus servicios.

El entramado se completaba con una política social asistencialista, al más puro estilo peronista, basada en el reparto directo de comida y otros elementos en las zonas más miserables del Gran Buenos Aires. La encargada directa del reparto era su esposa, «Chiche» Duhalde, quien a través de una red de voluntarias conocidas como «las manzaneras» no sólo manejaba los repartos de bienes sino la dirección del voto en las elecciones. El control calle a calle,

manzana a manzana (de ahí el nombre de manzaneras), de estas zonas era tan absoluto y apabullante que bastaba con mirar los votos favorables a Duhalde (hasta el 80 por 100 en algunas zonas) para darse cuenta de su eficacia.

Hasta aquí la realidad pura y desnuda, lacerante y entristecedora; los hechos tal como fueron, vividos y sufridos en primera persona en el ámbito profesional. Sin embargo nuestra experiencia particular del país en el ámbito personal no puede ser más positiva. Nunca encontraremos gentes tan auténticas y acogedoras, tan volcadas con la vida y los individuos, que hacían que en poco tiempo estuvieras como en tu propia casa.

Nos duele Argentina porque ya nos sentimos argentinos. La realidad es dura, sí, pero es lo que tenemos y debemos transformar. Nuestro deseo es que el país recupere el tono vital de antaño y esté en el lugar que por tradición, capacidad y posibilidades le corresponde.

A pesar de todo creemos que existen signos de esperanza, aunque fuera del sistema. Gentes como *Graciela Fernández Meijide*, una auténtica «outsider» que llegó a la política por un profundo compromiso con la justicia y los derechos humanos (su hijo fue asesinado por los militantes durante la dictadura).

Pese a las encuestas previas que indicaban que sería la mejor candidata presidencial por la Alianza UCR-Frepasao, no logró imponerse a De la Rúa en las primarias internas. Misteriosamente, De la Rúa fue acortando la ventaja inicial y logró imponerse por un estrecho margen. (En vísperas de las votaciones, Nosiglia, el principal colaborador del candidato, se dedicó a recolectar con frenesí «aportaciones voluntarias»).

Aun así, que una persona individual con la única bandera de la honradez y el trabajo honesto pueda poner en apuros a un hombre del sistema con toda una estructura a su servicio, es signo de esperanza.

Tal vez no basta la honestidad y la honradez para luchar contra gigantes maquinarias de corrupción y poder. A veces sobra ingenuidad y buenas intenciones y falta perspicacia y astucia política. No entrar en el juego sucio y en la corrupción del sistema no significa que tengamos que obviar su existencia y olvidarnos de que existe el entramado.

Finalmente, Graciela Fernández Meijide ha sido nombrada ministra de Asuntos Sociales en el Gabinete de Fernando de la Rúa.

¿Será éste el inicio de la regeneración argentina?

La respuesta, como decía Dylan, está en el viento.

MANRESA

ESPIRITUALIDAD IGNACIANA

DOSSIER

**El Dios que nos habita:
Espiritualidad ignaciana
y diálogo interreligioso**

Diálogo interreligioso en perspectiva de la espiritualidad ignaciana

Pioneros del diálogo religioso en Asia

La espiritualidad ignaciana ante las Religiones

Nuestra Misión en Magreb. El diálogo con el Islam

Pedro Fabro S.J. y el diálogo entre católicos y protestantes

Imagen de Dios en la espiritualidad de la Compañía de Jesús

Vol. 72 • CENTRO LOYOLA • Abril-Junio 2000 • MADRID